

Costo del combustible y cadenas productivas: desafíos para transporte, agro y retail

Las recientes variaciones en los precios de los combustibles han vuelto a poner el foco en su impacto sobre la economía y, en particular, en el funcionamiento de las cadenas productivas. Más allá de su magnitud —con incrementos relevantes tanto en diésel como en bencinas—, lo relevante es cómo este tipo de factores inciden en la estructura de costos de distintos sectores y en la forma en que estos ajustan su operación y sus relaciones comerciales.

En este contexto, sectores como el transporte de carga, la agricultura y el retail comienzan a reflejar distintos niveles de exposición. En el transporte, el comportamiento del diésel tiene un efecto directo en los costos operativos, lo que se traduce en revisiones tarifarias y ajustes en la planificación. En la agricultura, el componente logístico adquiere mayor relevancia en la estructura de costos, con efectos que pueden trasladarse de manera gradual a distintas etapas de la cadena. A su vez, en el retail, la presión se observa en la gestión logística —especialmente en la distribución—, impulsando eficiencias operativas y ajustes en la estrategia comercial.

Aunque operan en distintos eslabones de la economía, estos sectores comparten una característica común: su alta sensibilidad a la volatilidad de los costos energéticos y logísticos. Sin embargo, el efecto más relevante no se limita a cada industria por separado. A medida que estos aumentos se reflejan en la estructura de costos y los márgenes se ajustan, comienzan a generarse tensiones que se trasladan a lo largo de toda la cadena: renegociaciones contractuales, ajustes en precios y cambios en las condiciones comerciales pasan a ser parte del nuevo escenario.

Desde una perspectiva de gestión de riesgos, este tipo de shocks obliga a las empresas a salir de la lógica reactiva y avanzar hacia una gestión más estratégica. Uno de los primeros desafíos es revisar la estructura contractual, incorporando mecanismos de ajuste que permitan reflejar variaciones en costos críticos como el combustible. En contextos de alta volatilidad, los contratos rígidos pueden transformarse rápidamente en un factor de riesgo.

A esto se suma la necesidad de fortalecer la planificación financiera, con



María Inés Albornoz, gerente comercial de Solunion Chile

especial foco en el flujo de caja. Anticipar escenarios, proyectar distintos niveles de costos y contar con márgenes de maniobra se vuelve clave para evitar interrupciones operativas. En paralelo, el monitoreo activo de clientes y proveedores cobra mayor relevancia: entender quiénes están más expuestos permite anticipar eventuales incumplimientos o tensiones en la cadena.

Otra dimensión relevante es la diversificación operativa y logística. Dependencias excesivas —ya sea de proveedores, rutas o condiciones comerciales— incrementan la exposición frente a shocks externos. En este contexto, contar con alternativas y flexibilidad operativa puede marcar la diferencia entre absorber el impacto o amplificarlo.

Este tipo de escenarios son, en esencia, un recordatorio de la velocidad con la que un shock externo puede propagarse a través de toda la economía. Más que un evento aislado, es una señal de un entorno donde la volatilidad llegó para quedarse. Y, en ese escenario, la diferencia no estará en evitar el impacto, sino en la capacidad de anticiparlo, gestionarlo y adaptarse a tiempo.